

El Arrebato

Cuando el taxi desapareció de mi vista el reloj del Ayuntamiento dio tres campanadas. Me quedé como una estatua, con mi maletín posado a los pies como perro faldero en espera de órdenes, aturdida por la instantánea sensación de soledad y el calor de aquel achicharrante mediodía.

Estaba en medio de una típica placita de pueblo: suelo de terrazo a dos tonos, fuente de chorros atascados en el centro, quiosco de aluminio en uno de sus lados, unos cuantos bancos de forja negros que imaginé al rojo vivo, y varias palmeras esmirriadas y enfermas repartidas alrededor. Sin embargo, me gustaba la concreta alineación de las casas que cercaban la placita en un cuadrado perfecto tan sólo interrumpido por el hueco de una callejuela, estrecha y retorcida, en cada esquina. En la parte norte estaba el Ayuntamiento. Se sabía que era el Ayuntamiento por el reloj empotrado en la fachada, el tablón de anuncios, y porque apoyadas sobre la barandilla del balcón principal, ondeaban, descoloridas y deshilachadas, sendas banderas de España y de Extremadura. A su derecha, una magnífica fachada de corte neoclásico se avergonzaba de sus puertas de aluminio y de su revestimiento de azulejos brillantes a rombos rosas y verdes. Los autores de semejante delito contra la Historia del Arte y el buen gusto, habían tenido el detalle –todo hay que decirlo–, de dejar el espacio imprescindible alrededor del enorme escudo granítico que, sobre la perfecta cornisa triangular, también de piedra, añoraba con vaga nostalgia otros tiempos más gloriosos para aquella noble mansión.

Elegí una dirección al azar y comencé a caminar penosamente sobre el irregular pavimento de cantos mientras toda mi realidad anterior se debilitaba bajo el influjo de este nuevo paisaje de luz incandescente, increíblemente suave y redondeado, como pulido lentamente por la mano del tiempo. En seguida empecé a sentir la ropa mojada y pegajosa apretada a mi cuerpo y los ojos nubosos por el sudor y los temblores de espejismo que la reverberación de la luz producía sobre las blancas casitas sucediéndose unas a otras en hileras interminables. Calle Larga, calle Umbría, calle Corta, calle La Cuesta, La Callejita, calle Nueva... Todas eran calles desarboladas, con apenas acerado y muchas casas abandonadas, pero muy limpias y extrañamente hermosas, con esa belleza sobria y esencial de la arquitectura humanizada, donde la naturaleza no desaparece sino que se acomoda y se adapta para que sea posible la vida de los hombres. Aunque de tarde en tarde, sobre la línea horizontal de las casitas iguales, una destacaba de las demás: empinada y soberbia. Eran casas con porche y garaje, enormes galerías acristaladas, altos frisos de granito o de mármol y verjas de enrejado de filigrana. Algunas lucían torreones con inútiles miradores y tejados a cuatro aguas rematados por afilados pináculos y gárgolas extrañas; otras, más comedidas en su ostentación, se limitaban a franquear la entrada principal con sendas estatuas de leones enfurecidos o águilas a punto de emprender el vuelo.

Una de aquellas casas hacía esquina con una calle muy ancha y llena de tiendas, aunque tan vacía y desarbolada como las otras. Aquí los edificios tenían alturas de tres y cuatro plantas y todos los bajos estaban ocupados por locales comerciales, oficinas y

bares, que le daban al pueblo un aire espléndido de ciudad.

La verdad es que salvo por la presencia esperpéntica de esos castillos domésticos y la mansión alicatada, el pueblo me parecía encantador y próspero, y esto curiosamente era lo que más me decepcionaba. No el pavimento de cantos sobre el que a duras penas conseguía mantenerme erguida con aquellos zapatos de tacón altísimos, ni las calles desarboladas y enfebrecidas por el sol de las tres, ni el efecto hipnótico de las casitas encaladas e iguales, ni el que todo estuviera cerrado a aquellas horas y no hubiera ni un bar donde calmar la sed y preguntar la dirección que necesitaba... Lo que me decepcionaba eran sus escaparates, su tienda de informática, sus contenedores de reciclado, su magnífica casa de cultura, sus coches aparcados, sus pasos de peatones, su cibercafé... Por alguna caprichosa asociación del subconsciente, de esas que constantemente descomponen y vuelve a recomponer nuestra visión del mundo, había deducido que una mujer tan anciana como la abuela debía vivir en un lugar primitivo y fantástico, un pueblucho dejado de la mano de Dios en medio de una dehesa brava cubierta de matojos con enormes lagartos campeando por sus calles entre remolinos de hojarasca y con tan sólo unas cuantas casas viejas arrasadas por un viento profético, en cuyo interior, en lo más oscuro y profundo de ellas, los supervivientes de una estirpe condenada a cien años de soledad convivirían entre alacranes y mariposas amarillas en extraña armonía con los espíritus de sus muertos. Seres subterráneos, de vida silenciosa y furtiva como la de las bestias, que a esta hora de la tarde estarían sesteando: los hombres incrustados como líquenes a las sábanas con

el aliento agrio de las digestiones lentas, y las mujeres con las piernas hinchadas y las ropas impregnadas del olor de los guisos recientes, despatarradas en los sillones, soñolientas, cansadas y con la mente empeñada en pequeños pensamientos inútiles. Un pueblo, en definitiva, que fuera el escenario apropiado para una gran aventura o una experiencia iniciática, y no éste tan normal y corriente en el que nada trascendente podría pasarme salvo asistir a un triste entierro entre tristes desconocidos que ni siquiera repararan en mí.

Nacho siempre me está reprochando que sea tan "novelera". Dice que eso es porque he vivido poco y leído mucho, y al decirlo pone ese tono profesoral, que tanto me molesta, de quien en vez de dar opiniones escupiera certezas. Pero en el fondo tiene razón. En cuanto llego a un lugar nuevo voy buscando ese "algo" que he leído en los libros y llenándome de una amarga insatisfacción a cada paso que doy sin encontrarlo. Y no es que ese "algo" no exista, seguramente esté ahí, delante de mis ojos, pero yo no puedo verlo. Supongo que hay que saber colocar la mirada de una determinada manera, como para mirar una pintura en tres dimensiones; o tal vez sea un don que sólo poseen los artistas: una especie de capacidad de penetración que les permite ver la figura exacta que contiene una piedra, la sombra que encierra un color, o el Macondo que subyace en cada gran ciudad.

Me detuve a descansar un momento ante una pequeña mercería que tenía sobre su escaparate un enorme letrero verde con letras blancas que decía "Confecciones Maripuri" y que me recordó vivamente aquella otra mercería de tía Fernanda: pequeña, recoleta y llena de todos los colores del mundo.

Auténtico jardín de infancia para mí y para mi primo Nicolás, pese a que tía Fernanda nos obligara a permanecer todo el tiempo sentados en torno a una mesa camilla que había detrás del mostrador. Allí merendábamos, hacíamos nuestras tareas y jugábamos a rodar carretes de hilo con cuidado de que no cayeran al suelo. Aunque lo que más nos gustaba era ver despachar a las clientas. Sobre todo ese momento en que tía Fernanda subía y bajaba por una frágil escalerilla con un montón de cajas de diversos tamaños apiladas sobre una sola mano. Era muy emocionante. Parecía que estábamos en el circo.

Arrimé la cara al cristal y me hice sombra con la mano para poder ver el interior del establecimiento que a esa hora de la tarde descansaba en una apetecible penumbra. Y mientras mis recuerdos infantiles correteaban alegremente por entre las estanterías animados por una dulce nostalgia, otra parte de mi cabeza iba imaginando todos los botones, cremalleras, medias, pañuelos, faldas y blusas negras que se habría comprado la abuela en esa mercería. A continuación la vi muerta, estirada en su ataúd, con su blusita nueva recién planchada.

Una tristeza difusa, indefinida, remolineó en mi pecho como un vientecillo que se levanta, y me sentí definitivamente desvalida, abandonada a mi suerte en medio de la desolación inaudita de aquel desierto en llamas, en la que ni los perros lograban sacudirse el sopor de la siesta para salirme al paso o ladrar un poco.

Todo había comenzado con aquella llamada de teléfono a primera hora de la mañana a la que contesté con un "díime" de resignación creyendo que sería Rosa, la asistente, para decirme que iba a llegar más tarde, como otras veces que se quedaba

dormida. En su lugar escuché la voz cansada y grave de una mujer anciana comunicándome que doña Palmira Espinosa había fallecido aquella madrugada y que el entierro sería hoy, a las cinco y media de la tarde, en la Parroquia del Santo Cristo de Ortigosa. Cuando en medio de congojas y tiritonas acerté a contárselo a Nacho, éste, torpemente, trató de consolarme: "¿Qué te ha dado, nena? Pero si apenas la conociste, seguro que ni te acuerdas de su cara; nunca te interesaste por ella..." Sin comprender que aquello era precisamente lo que más me afectaba. No el dolor de cuando desaparece alguien muy querido, ni la pena de cuando lo has visto sufrir y agonizar; ni la frustración y la rabia de una muerte violenta y prematura, ni siquiera, como bien decía Nacho, el sentimiento de pérdida, ya que apenas la conocí. Lo que me dolía era el fin de esa vida que desaproveché, que desamé y que ignoré año tras año creyéndome que iba a ser eterna.

La última vez que vi a la abuela tenía ocho años. Fueron los días que precedieron a la muerte de mamá y de ella sólo conservo unas ligeras pinceladas en mi mala memoria. Ráfagas de recuerdo que serpentean muy de tarde en tarde por el horizonte de mi pasado con el resplandor tenue y silencioso de los relámpagos de una tormenta que se aleja. El resplandor sobre todo de sus manos larguísimas que tenían la misma temperatura de la seda, siempre inquietas, temblorosas... Manos como palomas, que se posaban sobre mi cabeza y garabateaban sobre mi frente para apartarme el flequillo de los ojos, que rebullían en sus bolsillos buscando caramelos y chicles para darme, que revoloteaban sobre mi pecho para abotonarme la camisa o colocarme los tirantes, que planeaban sobre mi falda, una y otra vez, para

alisarme las arrugas del volante... Imaginar la quietud gomosa que tendrían ahora sus manos volanderas me producía un sentimiento escurridizo y gaseoso mezcla de muchas tristezas, en el que la tristeza mayor era no poder reunir más dolor por su muerte que este solo y fraccionado dolor por sus manos tan quietas.

Pese a todo, me di una ducha rápida para despejarme, y a la hora del desayuno ya había decidido que iría al entierro.

–¿Cuándo lo has decidido?

–Ahora mismo.

–Eso no es una decisión, sino un arrebato.

–Llámalo como quieras.

–¡Y una mierda! ¿Me quieres explicar qué vas a pintar en ese entierro? Tendrás que enseñar la partida de nacimiento para que la gente sepa que eres la nieta de la finada. –Y a continuación concluyó:– Así que nos abandonas para irte a la otra punta de España al entierro de una desconocida –con el patetismo habitual, que tanto me crispaba, de cuando veía peligrar su rutina casera. En ese momento podía haberle recordado que Ortigosa no estaba en la otra punta de España sino en Extremadura, a menos de cuatrocientos kilómetros, buena parte de los cuales se hacían por autovía. Habría podido, sin necesidad de desmembrar mi árbol genealógico, demostrarle que doña Palmira Espinosa era la madre de mi padre, y que la madre de mi padre, incluso sin conocerla, siempre sería mi abuela. Habría podido decirle lo que pensaba de él justo en ese momento: que era un ser patético, un egoísta y un cretino de mierda. Pero no. Simplemente me levanté de la mesa con una lentitud premeditada y me fui a hacer la maleta.

Con el tiempo, incluso había llegado a sentirme orgullosa de mi capacidad para sortear con agilidad de atleta todos los terrenos empantanados de nuestra vida en común. Siempre me decía ¿para qué voy a liarla? Era mejor así, puesto que un momento después la vida seguiría igual: cansina y postergada, con sus plácidos, aletargados días eternamente repetidos.

–Pero ¿de qué te quejas? –Me preguntaba Nicolás cuando me veía poner aquella cara mezcla de impotencia y de hastío–. Vamos, contesta ¿de qué te quejas?

Al llegar a este punto de la discusión Nicolás se me quedaba mirando fijamente, vigilando el movimiento de mis labios como un felino acecha la presa. A mi me asustaba que me mirara de aquel modo. Era como si me hurgara por dentro de la boca en busca de la respuesta que no podía darle. Por eso bajaba la cabeza y con el dedo corazón dibujaba maragatos invisibles en la mesa hasta que notaba aquella mirada remontar cansadamente la altura de mi nariz y de mi frente hasta la cumbre oscurecida de mi pelo.

–A ver ¿de qué te quejas? –Volvía a preguntar–. ¿De tu vida cómoda y relajada? ¿De pertenecer al grupo de privilegiados de BMW, chalet de lujo, jardín con piscina kilométrica y una larga lista de sustanciosos etcéteras?

–Hay otras cosas –murmuré sintiendo que se me atoraba la garganta.

–Sí, claro que hay otras cosas. Veamos, quizá te quejes de tu salud perfecta, de tu figura de maniquí, de tu hijo precioso y sano, de tu marido triunfador, adinerado y bien parecido ¿qué más? ah, ya sé: el

trabajo ¿acaso te quejas de no tener trabajo? Porque hasta donde yo sé dejaste la carrera porque te dio la gana.

–¡Qué dices! –grité airada–. La universidad era un proyecto de mi padre. Y la dejé precisamente por eso: porque quería hacer lo que me diera la gana a mí, no lo que le diera la gana a mi padre.

–¿Y qué te dio la gana hacer? Porque los varios trabajos que te salieron no te convenían, y no aprobaste la oposición, la famosa oposición que te ibas a preparar, porque todo se quedó en una simple declaración de buenas intenciones.

–No todo el mundo es como tú y sabe qué quiere ser de mayor –me defendí atacando.

–Por supuesto. Pero no pensarás que la vocación te va a llegar por revelación divina mientras te refrescas en la piscina ¿o sí? Porque la vocación, primita, la-vo-ca-ción, es como la inspiración: te tiene que pillar trabajando. Así que ¿por qué no te dedicas a mandar tu currículum por internet en lugar de pasarte la mañana leyendo novelas a la sombra de las glicinias, eh?

–Vale, Nicolás, vale ya.

–No, qué vale ni qué leches, tú te pasas la vida quejándote y yo necesito saber de qué, así que sigamos: ¿es Nacho? Bueno, tal vez sea un poco maniático y aburrido de más, pero aparte de eso me parece un tío cabal que trabaja como un cabrón para darte una vida regalada que tú no aprecias. Claro que a lo peor en la intimidad se transforma y se convierte en un sádico peligroso, o en un perverso, dime ¿se pone tus braguitas a escondidas?

–Por favor, Nicolás, basta ya de gilipolleces.

Nicolás hizo un mohín de disculpa y suspiró hondamente dejando que la espalda se le redondease en el respaldo.

–Eres una desagradecida.

–No soy una desagradecida. –protesté–. Soy una desgraciada, ya que los privilegiados, como tú nos llamas, estamos obligados a parecer felices aunque no lo seamos.

–¿Me estás diciendo que no eres feliz?

–¿A ti qué te parece?

–A mí no me tiene que parecer nada. Ya no soy un crío que piense que la felicidad está aquí o allá. La verdad... ni siquiera estoy seguro de creer en la felicidad. Pero tía, tienes salud, juventud y medios, así que si no te gusta tu vida cámbiala. Tal vez en eso consista la felicidad, en perseguir intentos.

–Ojalá fuera tan fácil.

–Mírame a mí, que doy más vueltas que una noria. Si yo puedo cambiar...

–Tú puedes porque tu vida es un rompecabezas descabalado. –le interrumpí enérgicamente secándome una lágrima con el dorso de la mano–. Puedes jugar con las piezas y componer la construcción que quieras, hoy una mañana otra, qué más da. No tienes nada que perder.

–¡Claro!, se me olvidaba que soy poco menos que un sintecho que vaga por las calles de Madrid como perro sin amo.

–Yo no he dicho eso.

–Pero es lo que piensas. Parece mentira que hayas olvidado que nos hemos criado juntos, con idénticas posibilidades. Claro que tú has sabido jugar mejor tus cartas...–hizo una pausa para reflexionar–. Aunque no

me quejo, porque uno no se puede quejar de vivir la vida que ha elegido.

–No seas iluso, primo, nadie elige. Tú has sido y eres una víctima de tus circunstancias. Como todos. ¿Recuerdas cual fue tu primera elección?

–¿Tú sí?

–Por supuesto que no. Pero seguro que fue inducida por algún condicionamiento que a su vez creó nuevos condicionantes que indujeron la siguiente, con lo que el margen de elección cada vez fue menor y se agotó rápido. Yo tengo la impresión de haber agotado mi cupo antes de los dieciséis.

–Sin embargo son los adultos los que toman decisiones.

–Eso es una falacia. Adultos son los que aceptan lo que hay y le sacan provecho. Si a eso le llamas tomar decisiones, pues bueno. Yo prefiero decir que se acomodan en el sentido amplio de la palabra. Yo me he acomodado porque tengo casi cuarenta tacos y como tú dices he sabido jugar mis cartas. Pero no he elegido. De eso me quejo.

–No lo cojo.

–Pues es fácil: la primera y más inocente víctima de una tela de araña es la propia araña. Apenas la construye queda atrapada en ella. Come, copula y se reproduce en la red y en la red muere, sin haber hecho otra cosa en su vida que arrastrar ese hilo de baba pegajosa entre sus patas. Así me siento. Así pienso que es mi vida: como la de una araña ¿te enteras?

Nicolás se derrumbó en el asiento y soltó una risita cómica.

–Me parece que estás empezando a desvariar, prima.

–Puede –respondí con infinito cansancio–. Ya hemos hablado de esto muchas veces y sabemos que no nos lleva a ninguna parte.

–¿Entonces por qué volvemos siempre a lo mismo?

–Porque no podemos evitarlo.

–¿No podemos o no queremos?

–Oh, no. Otra vez no, por favor.

Al toparme por tercera vez consecutiva con el letrero verde de “Confecciones Maripuri”, tuve la certeza de que me estaba moviendo en círculos. Me sentía agotada, incompetente, y tres veces idiota. Idiota por mi precipitación atolondrada, idiota por no haberme ocupado en conocer la dirección de la abuela antes de salir, y sobre todo, idiota por andar arrastrando aquel maletín, absurdo para tan breve estancia, e inconcebiblemente lleno de todas esas cosas innecesarias que en el vertiginoso mete-saca de ahora quito ahora pongo, habían acabado dentro.

Al fin, se produjo el milagro cuando al llegar a la altura de una bocacalle me pareció que se entreabría un postigo y que una cara de ojos soñolientos y de boca bostezante me observaba tras él.

–Por favor, disculpe ¿Me podría indicar para ir a casa de doña Palmira Espinosa?

–Si señora –contestó la boca bostezante–. Es esa grande que hace esquina, al final de la calle.

Iba a darle las gracias, pero la mujer seguía hablando mientras se pasaba los dedos pulgar e índice de la mano derecha por las comisuras blanquecinas y húmedas de sus labios.

–Me va a llamar curiosa, pero ¿no será usted Chelito, la nieta madrileña de doña Palmira, verdad?

–Pues... Supongo que sí. Soy Consuelo Tena. He venido de Madrid al entierro de mi abuela.

–Justo lo que yo pensaba. Encantada de conocerla. Aquí todos queríamos mucho a la abuela de usted. Le acompaño en el sentimiento.

–Gracias –contesté un tanto confusa.

Me dirigí al lugar que me habían indicado sobreponiéndome al cansancio y al dolor del tobillo que llevaba largo rato martirizándome, mientras me preguntaba qué más cosas sobre mi vida íntima y familiar estaría adivinando la agorera, pitonisa o lo que quiera que fuera aquella mujer, cuya afiladísima y circunspecta mirada sentía, como un punzón, clavada en mi espalda.